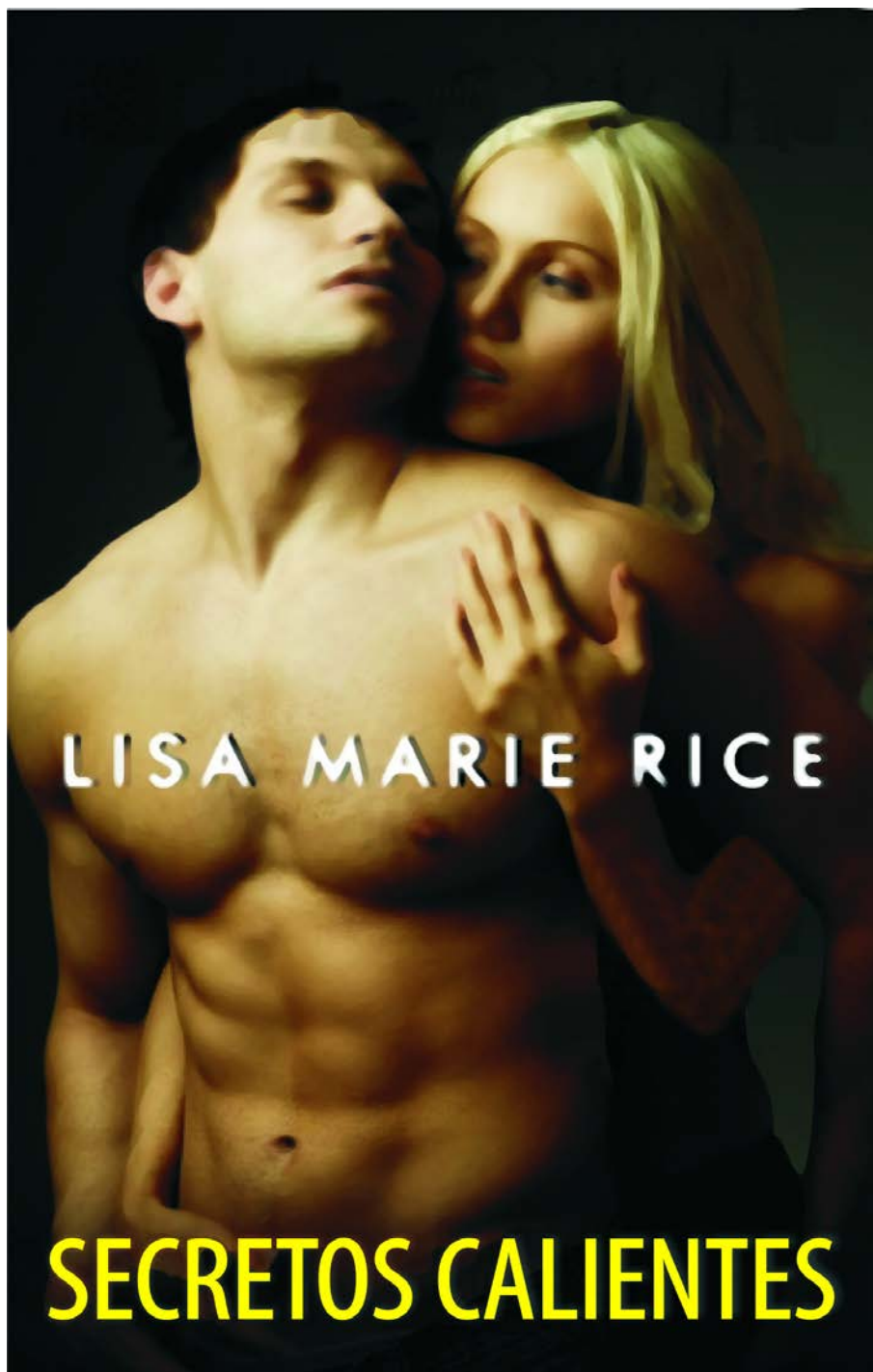






LISA MARIE RICE

SECRETOS CALIENTES

05 Dangerous



Summerville, Washington

24 de diciembre, temprano por la mañana

Jack Prescott besó el hombro de su esposa y observó mientras ella sonreía en el sueño. Aquella sonrisa provenía de lo más profundo de su ser y era sólo para él.

Todavía lo maravillaba después de un año de casados. Ella todavía lo maravillaba.

Caroline. Su esposa. Caroline Lake, ahora Caroline Prescott. La mujer que había estado en su cabeza más de la mitad de su vida y que ahora era suya.

Él había aparecido exactamente un año antes (en la librería de ella en mitad de una tormenta de nieve) después de volar sin parar durante cuarenta y ocho horas desde Sierra Leona. Allí había sido su última misión, un homenaje a su padre adoptivo fallecido.

Sobre una piragua desde Abuja a Freetown, desde el aeropuerto de Lungi a París, de París a Atlanta, de Atlanta a Seattle y luego en una diminuta avioneta que casi ni había llegado hasta Summerville a causa del mal tiempo. Pensando en Caroline cada segundo del trayecto, la mujer que nunca había logrado sacarse de la cabeza. Mientras se unía al ejército, se ganaba su grado de Ranger, luchaba en innumerables agujeros infernales por todo el mundo... allí había estado ella. Hermosa, buena, inteligente. Una mujer de ensueño para cualquier hombre y fuera de su alcance durante sus doce largos y solitarios años en lugares duros y violentos.

Ella había estado en su cabeza desde que era un muchacho sin techo, trayéndole libros al refugio y comida y noticias del mundo exterior, un mundo que no significaba vivir con locos mugrientos y borrachos violentos.

Ella había estado allí en su cabeza cuando había huido, había sido adoptado por su padre de corazón, el Coronel Eugene Prescott. Ella había estado allí a través de sus



despliegues en lugares malos, intentando darle algo de orden a un mundo violento. Ella había estado allí durante las largas y solitarias noches en agujeros perdidos del mundo, recordándole que había algo en el mundo por lo que valía la pena luchar.

Ella había estado allí durante tanto tiempo, estaba tan profundamente incrustada en su mismísima alma, que cuando su padre adoptivo había muerto y él había heredado una fortuna, regresó a dónde había sido un niño perdido esperándose encontrar a una mujer casada y con niños, porque, ¿qué hombre en su sano juicio no se casaría con alguien tan hermoso y listo como Caroline?

Pero el mundo estaba lleno de idiotas. Caroline había pedido a sus padres, había perdido todo el dinero de su familia y había cuidado de un hermano más joven tremendamente dañado durante casi toda una década —y no muchos hombres habrían tolerado aquello.

Él sí, sin duda alguna. Por Caroline caminaría sobre lagos de fuego, escalaría montañas de espinos, mataría cualquier dragón que existiera. Con gusto. Un hermano enfermo no era nada. Además, él tenía bastante dinero propio.

Cuando apareció en su puerta, esperando encontrar una casada Caroline, queriendo solamente verla una última vez antes de dar el siguiente paso en su vida, descubrió que no estaba casada después de todo y que ella *era* el siguiente paso.

Y él, el hombre que nunca había tenido familia, el hombre que había sabido en lo más profundo de su ser que jamás tendría familia porque la familia era para las otras personas, bueno, ahora tenía su propia familia. Caroline. Y los niños que tuvieran.

Y de pensar en una Caroline embarazada su polla, ya dura, se volvió de granito. Una onda de calor lo recorrió y su respiración se aceleró.

Era la cosa más dura de estar casado con Caroline. Todo lo demás de la vida de casado era increíblemente fácil con ella. Intensamente placentero. Una delicia a todas horas. Ella tenía buen carácter, sin esos cambios de humor que lo volvían loco con otras mujeres. Era increíblemente lista, con un afilado sentido del humor. Era dulce de corazón. Su hogar era hermoso, ella era una cocinera fantástica. Jamás había estado tan físicamente cómodo como lo estaba siendo su esposo. Todo era absolutamente perfecto menos...

Menos que la deseaba tantísimo. Todo el tiempo. Jamás parecía apagarse, y Jack tenía que controlarse, de otro modo tendría a Caroline de espaldas, follándola duramente, más o menos todo el tiempo, día y noche, y eso no era bueno.

A veces el deseo era como un dolor de baja intensidad, a veces un afilado pinchazo, pero estaba allí, siempre.



Aún y así... era por la mañana temprano. La última vez que habían hecho el amor fue la noche anterior, antes de la media noche. Técnicamente, ya era otro día, ¿no?

Y si no la tomaba en aquel mismísimo momento, moriría.

Llegaría un punto en su matrimonio que él se enfriaría, sabía que sí, sólo que no cuándo.

Ella llevaba puesto uno de esos camisones de seda que a él le encantaban. Cuando deslizaba su mano bajo el camisón, podía sentir la seda de su piel a lo largo de su palma y la seda del camisón contra el dorso de su mano.

Él estaba en cucharita, rodeándola, una posición que gustaba a ambos. Él sentía la suave calidez de ella a lo largo de toda su delantera, e incluso durmiendo era como si pudiera protegerla. Rodeándola con su cuerpo, brazos envolviendo su cintura. Se sentía como el dragón protegiendo a la princesa. Durante el día tenía que dejarla ir al mundo, por supuesto. Y no podía estar allí todo el día a su lado, armado y preparado. Incluso él entendía aquello. Así que durante el día él se iba a sus negocios, pero sentía un zumbido de preocupación por ella. Al principio de su matrimonio la llamaba un billón de veces al día sólo para oír su voz.

Casi la pierde por culpa de un hombre violento de su pasado, y la imagen que aquellos últimos momentos... la fortísima tormenta de nieve, un soldado levantándose usando a Caroline para cubrirse, el dedo apretando el gatillo... tembló al recordarlo y Caroline se estiró.

Ella le había hecho notar suavemente que estaba bien, que no tenía que preocuparse por ella y llamarla cientos de veces al día. La violencia en Summerville era escasa. ¿Qué posibilidades había de que un relámpago violento golpeará dos veces?

Aún así él insistía en darle clases de autodefensa, las cuales ella aceptó y asumió como si fueran clases de gimnasia. Él estaba intentando convencerla de enseñarle a disparar pero ella se había negado, con escalofríos.

Su necesidad interna de mantener a Caroline a salvo y aceptar que tenía una vida era una lucha constante en su interior. Pero, por Dios, por la noche y en la cama, que era cuando ella estaba completamente a salvo, entonces era toda suya.

Con la mano izquierda le ahuecó el muslo, relamiéndose por la sedosa suavidad tan propia de ella. A ambos les gustaba dormir con las cortinas abiertas. Desde la ventana se veía la luna llena, que bañaba la habitación con su luz de plata.

Caroline era tan hermosa a la luz del día. Su color sobresalía con la luz del sol: el brillante color rojizo-dorado de su cabello, aquella piel de marfil con un ligero



sonrojo debajo pero que a la luz de la luna se convertía en perfecto mármol. Como ahora.

Jack observó, fascinado, cómo su mano lentamente subía por el muslo, tomando consigo el sedoso camisón. Su mano era grande y oscura y áspera, un contraste erótico contra la pálida suavidad de la piel de su muslo.

Ahora ya estaba despierta, lo sabía. Y preparándose. El ligero olor de rosas aumentó. Ella no usaba perfume, sino jabón, lociones corporales y champú que olían todos a rosas. Cuando se excitaba se le calentaba la piel y era como tener sexo en un jardín de rosas.

Su mano subió por la cadera. Caroline dejó de llevar bragas en la cama la primera semana de su boda, de luna de miel en Hawaai. Recordándolo, Jack comprendió que se había pasado. En su luna de miel fue como si él no hubiera tenido sexo en toda su vida y estuviera compensándolo ahora que estaba casado.

Por supuesto que sí había tenido sexo. Toneladas. Pero no sexo con Caroline, que era algo tan diferente que debería tener otro nombre. Tal vez, caro-sexo.

Volviendo a su primera semana de luna de miel en Hawaai, sus recuerdos principales eran de ellos comiendo y nadando y de su polla dentro de ella. Una noche se habían dormido mientras él todavía estaba erecto en su interior. Se había quedado sin fuerzas por la maratón de sexo. Se había apagado como una luz dentro de ella y se despertó cuando su cuerpo tomó el control por la mañana y empezó a moverse.

Ahora Caroline suspiró cuando su mano le acarició la barriga, moviendo sus caderas para acercarlas a las de él. A Jack se le erizó el vello de la nuca. Colocó sus labios sobre la suave piel de detrás de su oreja e inspiró, intentando no olisquearla como un perro. Dios, ella olía tan maravillosamente. Y su excitación, oh sí.

Su mano fue bajando, ahuecándola. Ella estaba caliente y suave y empezando a excitarse. Jack tenía un preciso sentido del olfato y a veces podía decir en qué punto estaba ella por el olor solamente.

Ella estaba empezando a prepararse y él ya estaba en la puerta de entrada, apretando el pedal del freno fuertemente. Ah, bueno, prepararla para que él pudiera entrar era siempre un placer. *Concéntrate en eso*, se dijo, ignorando su verga hinchada.

Otro pequeño suspiro mientras él recorría el borde de los labios de su sexo con los dedos.

—Buenos días —le susurró al oído y luego le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

Ella tembló, todo su cuerpo moviéndose contra el suyo.



—No es por la mañana —susurró Caroline. Sus ojos se abrieron, mirando por la ventana donde la luna llena iba desapareciendo bajo el alféizar—. Todavía es de noche.

—Bueno, pues yo me siento muy muy despierto —dijo Jack y se apretó contra su parte trasera.

En la voz de ella se adivinaba una sonrisa.

—Sí, mi amor, ya lo noto.

Se levantó para que él pudiera tirar de su camión hacia arriba y sacárselo, arrojándolo en alto para poder verlo ir cayendo como un paracaídas hecho de pálida seda rosa. Él no quería que llevara bragas porque eran una barrera pero ese momento en el que él le sacaba el camión y lo observaba flotar en el aire... tío, sexo puro.

—No vamos a necesitarlo —gruñó a su oído, levantando el muslo de ella con el suyo.

—No, no lo necesitaremos —susurró ella, respirando profundamente. Él podía ver su estrecha caja torácica subiendo y bajando, los pechos liberados listos para sus manos. Ahí era cuando él deseaba tener cuatro. Una para acariciarle los muslos, otra para entrar en ella, una para acariciarle los pechos y una para dejar que su suave cabello se deslizara entre sus dedos.

El sexo con Caroline era un festival, una cascada de colores y sabores y texturas y olores. Cada uno de ellos delicioso, cada uno algo sobre lo que deleitarse si no tuviera ese redoble de tambores de puro deseo espoleándolo.

Como ahora.

Deseaba acelerar las cosas, quería ponerse a ello rápidamente. Por fortuna conocía algunos atajos. Durante el último año había estudiado a Caroline como un estudiante de medicina estudia la fisiología del cuerpo humano. La conocía hasta la médula.

Por ejemplo, sabía que Caroline se volvía loca cuando le besaba el cuello. Su cuello era la Estación Central del Placer, justo después de la sensitiva región entre sus muslos. Pero el cuello se le acercaba muchísimo.

Sus labios le recorrieron el tendón, arriba y abajo por aquel largo y esbelto cuello. Para la segunda pasada los suspiros de ella empezaban a sonar como gemidos. La mordisqueó ligeramente, luego le lamió la piel. Ella se sobresaltó y su cuerpo pareció pulsar con calor. El olor a rosas se intensificó. Él cerró los ojos mientras le besuqueaba el cuello para poder concentrarse en su suave piel y el olor a rosas mezclado con el olor de su excitación, una combinación a la que era adicto.



Dios, ¿cómo no había comprendido antes lo mucho que se estaba perdiendo? Tal vez porque todo aquello era posible ahora con Caroline. Ella era el eslabón que faltaba.

Suaves y mordisqueantes besos mientras se la acercaba más, golpeando con la punta de su polla contra su suavidad. Dios, aquello se sentía bien, tan bien que él le gimió al oído y la sintió ceñirse a él, ahora suave y mojada.

—Ponme en ti —le susurró al oído, tan cerca que su aliento debía ser como una caricia, porque ella tembló.

—De acuerdo —le susurró a su vez.

Jack deslizó su mano arriba para cubrirle la barriga, justo donde un niño de ambos crecería...

Caroline lo sostenía mientras se abría a sí misma y temblaba un poquito al sentir que de repente él se hinchaba todavía más.

—Guau, lo que sea que estabas pensando, sigue haciéndolo.

—Puedes apostar. —Oh, seh. Caroline, creciendo más y más cada día. A un cierto punto oirían los latidos del corazón del bebé; ella lo sentiría moverse en su interior.

Jack esperaba con todo su corazón que tuvieran una niñita que se pareciera exactamente a Caroline. Lo que fuera que tuvieran, su hijo, o mejor aún, hijos, serían para cada uno de ellos su única relación sanguínea en este mundo.

Él le levantó la pierna más, dejándola completamente expuesta. Mirando hacia abajo por encima del hombro de ella, pudo ver dos pechos pequeños, pálidos y perfectos; una cintura diminuta; un estómago plano; y, guau, el paraíso. Labios rechonchos apareciendo entre medio de vello castaño ceniza, las hermosas manos de ella sosteniéndolo a él y manteniéndose a sí misma abierta.

Apretándola más fuerte, movió sus labios adelante, sintiendo su bienvenida a cada centímetro del camino. Su entero cuerpo se abrió para él. Su coño, sus piernas, un brazo rodeándole la espalda. A él le encantaba ese momento, cuando su cuerpo entraba en el de ella, cuando eran uno, cuando estaba en casa.

Siempre se detenía en aquel instante simplemente para saborearlo. Dentro del amor de su vida, parte de él, sintiéndose completo al fin.

Pero entonces, por supuesto, su cuerpo tomó el control. Era un tío y aquel fue el momento en que pensamientos halagüeños y confusos le llenaron la cabeza y todo en lo que pudo pensar fue en lo cálida que era ella, lo estrecha que estaba... le voló la



cabeza. Su cerebro sencillamente... le abandonó. Y se convirtió en solamente la suma de sus sentidos, incapaz de pensar, sólo sentir.

Cuando se corrió, Jack soltó un buen grito amortiguado contra el cabello de Caroline. Volvió a tomar consciencia sólo para echarse a dormir a su lado y no encima de ella cuando el pesado manto del sueño cayó sobre él.

Debió de dormir un par de horas. Cuando abrió los ojos de nuevo el cielo que se veía por la ventana era de un blanco perlado, el sol tras las nubes dejando ir una luz difusa. La predicción del tiempo era de nieve a última hora de la tarde.

Se le habían abierto los ojos del todo y se quedó tumbado sonriendo de oreja a oreja durante un rato en la cama. Se sentía genial. Como si pudiera conquistar el mundo mientras corría una maratón y tocaba el piano a la vez. Su cuerpo picaba y temblaba de energía. Levantó la cabeza para ver el rostro de Caroline, esperando que estuviera despierta o al menos a punto de despertarse.

Nop. Apagada como una vela.

Se bajó, deslizándose de la cama, y se estiró entero, como si fuera King Kong, luego se dejó caer al suelo e hizo al menos cincuenta flexiones. Lo que no era nada, considerando que en los Rangers habían hecho ciento cincuenta antes del desayuno y otras cien antes del almuerzo. Sabía que ya se daría una buena paliza en el gimnasio aquel día; aquello era sólo para empezar a ponerse en movimiento. No es que lo necesitara, su sangre fluía perfectamente.

Una ducha rápida y regresó junto a la cama para observar a Caroline dormir.

Dio una palmada, algo que normalmente funcionaba para despertarla inmediatamente. Aquella vez ni abrió los ojos, sólo ondeó una mano mientras se arrebujaba más contra la almohada.

—Lárgate —murmuró.

Nop.

Jack le meneó el hombro suavemente.

—Tenemos que entrenar. Hay unos pocos movimientos que quiero mostrarte, cariño.

Cuando el año pasado casi la había perdido en un acto de violencia, había jurado enseñarle autodefensa, y en ello estaba. Ella no se tomaba las lecciones seriamente pero a base de pura repetición ya tenía algunos movimientos controlados. Quería profundizar ese conocimiento, imbuírselos en la memoria de sus músculos para que



cuando lo necesitara, si alguna vez estaba en problemas, le saliera de manera automática.

Como soldado Jack había entrenado incansablemente y le había salvado la vida en incontables ocasiones. Sudar en el entrenamiento te ahorra sangre en la batalla. Aquello le había sido machacado incesantemente y era verdad.

Los problemas podían aparecer de la nada en cualquier momento. Caroline había nacido rica y en una familia cariñosa, así que sus años formativos habían pasado sin problemas de ninguna clase. Jack había nacido en mitad de las dificultades. Toda su vida la había pasado en riesgo y había actuado de acuerdo con ello.

Si fuera un mundo bueno, un mundo justo, Caroline nunca volvería a enfrentarse a problemas. Ya había tenido su cuota, había pagado sus deudas, aquella parte de la tabla estaba equilibrada. Pero, por supuesto, la vida no era así. El peligro y la violencia aparecían en cualquier lugar y no discriminaban.

En dos ocasiones Caroline había estado en peligro y no había tenido los recursos ni en su mente ni en su cuerpo para salvarse a sí misma. Toda la belleza y bondad e inteligencia del mundo no servían cuando tratabas con la escoria, y el mundo estaba lleno de gentuza.

A Jack le volvía un poco loco pensar que Caroline volviera a verse en dificultades. Porque por mucho que intentara protegerla (su casa la habían modernizado tanto desde el punto de vista de la seguridad que podría haber aparecido en la portada de *Hermosas Casas Seguras & Jardines Fortalezas*) no podía estar con ella las veinticuatro horas del día. Así que la única manera que tenía de mantenerse cuerdo era intentar machacarle con la autodefensa.

Sí, era verdad, estaba un poco obsesivo-compulsivo. Y Caroline no estaba demasiado motivada. Aquello también era cierto. Pero era lo único en lo que él absolutamente insistía en su matrimonio. Todo lo demás era al gusto de ella. La casa estaba decorada como ella quería, y comían lo que ella cocinara, viajaban donde ella quisiera ir y veían las películas que ella quisiera ver. A Jack le parecía bien así, mientras ella cediera en aquello.

—Venga, corazón —dijo cuando ella no se movió.

—Es Nochebuena, Jack. —En su tono había un cierto lloriqueo, lo que le hizo sonreír.

—¿Sí? El entrenamiento no se detiene por ningún hombre.

—¿Y por una mujer?

—Por una mujer tampoco.



Como respuesta se escondió más entre las mantas.

Punto muerto.

No había nada que hacer excepto usar una bomba atómica.

—Dejaré que me derribes —dijo Jack astutamente.

Ambos ojos abiertos, enfocados en él.

—¿Sí? —dijo, interesada.

Sabía que no debía sonreír.

—Sí.

Era bastante doloroso, dejarse caer sobre la estera, pero lo hacía por ella de tanto en tanto para que pudiera sentirlo en sus manos y músculos.

—Dos veces. —Ella lo soltó como dándolo por hecho.

Jack frunció el ceño.

—Dos veces. Me dejarás que te derribe dos veces.

Ay.

—De acuerdo —contestó suspirando—. Dos veces.

Ella le sonrió felizmente y apartó las mantas.



Librería "Primera Página"

Última hora de la tarde, Nochebuena

—Y aquí os he contado, en forma muy torpe, la sencilla historia de dos jóvenes atolondrados que vivían en un apartamento y que insensatamente sacrificaron el uno al otro los más ricos tesoros que tenían en su casa. Pero, para terminar, digamos a los



sabios de hoy en día que, de todos los que hacen regalos, estos dos chicos fueron los más sabios.

Caroline cerró el libro y sonrió a su audiencia (veinte críos que vivían en casas de acogida y refugios en Summerville y Mona, a quince kilómetros de distancia).

Había escogido a propósito “El Regalo de Reyes”¹.

Un cuento a la antigua sobre sentimientos pasados de moda: amor, ternura, sacrificio.

Sentimientos tan ajenos a los críos reunidos ante ella. Sus vidas eran oscuras y peligrosas. Muchos de ellos habían sido traicionados por las mismas personas que se suponían que debieran protegerlos.

Al principio no dejaban de removerse hasta que comenzaron a entender que la historia no sería algo pim-pam-fuera como los videojuegos y los pocos programas de televisión que veían en viejas teles donadas a los refugios. Había palabras que claramente no entendían y que ella explicó cuidadosamente.

Espejo de cuerpo entero, cadena de reloj, estrafalario.

Utilizó un eufemismo cuando O. Henry se refería a las “coristas”, dolorosamente consciente de que varios de los niños tenían madres que hacían mamadas en los asientos traseros por veinticinco dólares por cabeza. El idioma era arcaico, lento y extraño para ellos. Las emociones, también.

Pero lo captaron. Porque, aunque el tipo de amor que existía en la historia no era el que habían visto de primera mano, era algo a lo que todo ser humano aspiraba. Algo que todo el mundo entendía instintivamente.

Estaban perplejos al principio, mirándose unos a otros, comenzando a poner los ojos en blanco mientras la historia se desarrollaba. Pero, tal y como había sospechado que pasaría, fueron lentamente absorbidos, atraídos sin remedio por el tipo de experiencias que probablemente nunca se habían encontrado. La generosidad y el amor verdadero.

Su marido, Jack, había crecido como ellos.

Peor, incluso. Algunos de estos niños, como el pequeño Manuel que estaba sentado silenciosamente en el borde exterior del grupo, tenían madres que los amaban. Su padrastro era un drogadicto que era tan violento que tenía una orden de alejamiento. Pero la madre de Manuel cuidaba de él. Algunas veces Caroline hacía

1 “El Regalo de Reyes”, de O. Henry (N.T)



lecturas en su albergue y él siempre se acurrucaba a su lado como un pequeño pájaro marrón. La ropa era vieja pero estaba cuidadosamente arreglada y limpia.

Jack nunca había tenido el amor de una madre. Nunca conoció a su madre. Todo lo que había conocido era un albergue tras otro, en las garras de un padre borracho y violento.

Completamente diferente a su propia experiencia inicial de la vida en los brazos de una familia sólida y cariñosa. Ella había perdido a su familia debido a una tragedia a los veinte años, pero nada nunca podría borrar dos décadas de amor.

Jack se había convertido en el hombre más bueno que conocía, gracias a su carácter sólido como una roca y a algunos golpes de suerte. Esos chicos —nacidos y criados en la degradación— también podrían dar un giro a sus vidas. Todo lo que necesitaban era saber que era posible.

Si creías que algo era posible, podías hacer que se convirtiera en realidad. Caroline creía en eso desde lo más profundo de su corazón.

Al final había un silencio absoluto en la habitación, bien diferente del revuelo, los puñetazos y los gritos del comienzo. Había empezado a nevar y en el silencio se podía oír la extraña punzada del aguanieve incrustada en la nieve mientras golpeaba las ventanas. Aunque los niños sentían el frío, con ropas deshilachadas y zapatos inadecuados, las pocas cabezas que se volvieron hacia la ventana sonreían a la nieve que caía como una nube, haciendo que las ventanas iluminadas de las tiendas a lo largo de State Street resplandecieran con una luz sobrenatural.

Caroline se alegraba de que el sentido de la belleza todavía no se les hubiera arrancado.

—Entonces, niños. —Apartó el libro cuidadosamente y se inclinó hacia adelante, mirando a cada niño a los ojos. Inconscientemente, se inclinaron hacia adelante también, observándola. Notaban que ella los *veía*. Los escuchaba.

Yo era invisible, había dicho su marido de sus primeros años en los refugios. *Nadie me vio excepto tú*.

—¿Qué pasó? ¿Cómo mostró Jim su amor hacia su esposa?

Había sido una sugerencia de su padre, lo de ser voluntaria en el refugio, ella que había crecido con tanto. Se le habían abierto los ojos y había descubierto todo un nuevo estrato de realidad. Incluyendo el hacer amistad con un niño alto y larguirucho que había estado más hambriento de aprender que de comida. Ella le había traído libros, que él devoró hasta que ella se dio cuenta de que también estaba hambriento literalmente, y comenzó a traer bocadillos junto con los libros.



Una Navidad desapareció y no volvió a verle hasta que apareció doce años más tarde, un hombre tan completamente cambiado que ella no le había reconocido.

Aquellos niños se sentían tan invisibles como Jack. Había más y más de ellos por culpa de la recesión: mujeres y niños cayendo a través de las grietas. Invisibles, no deseados, no amados.

Los bracitos ondearon, como ramas al viento en un bosque diminuto.

—¡Yo, yo, yo! —gritaron.

Caroline sonrió. Estaba decidida a dejar que todos los niños hablaran, a que fueran escuchados. Luego irían en grupo al otro lado de la calle, al salón de té de Sylvie, donde les aguardaban chocolate caliente, magdalenas y un libro del regalo para cada niño. *Los Juegos del hambre*. Porque Jim y Della eran el ideal, pero Katniss... Katniss demostraba que podías crecer en unas circunstancias terribles y todavía podías contraatacar... y ganar.

—De acuerdo, Jamal. —Ella señaló a un niño en la primera fila, cuyos ojos se habían abierto más y más a medida que la historia progresaba. Caroline conocía la historia de cada niño, había insistido en ello. Quería saber quiénes eran, cómo eran sus vidas. Jamal no tenía padre y tenía cinco medio-hermanos, todos de hombres diferentes—. ¿Cómo mostró Jim su amor hacia Della?

—Vendió su reloj para poder comprarle una peineta.

Sí, por supuesto. Ella había leído *El Regalo de Reyes* un millón de veces, pero todavía le hacía sonreír.

—Eso es. ¿Y por qué tuvo que vender el reloj?

Silencio. La razón estaba demasiado cerca de sus vidas.

—Porque era pobre —susurró una chica finalmente—. Ambos eran pobres. —Shawna, que tenía doce años, pero era tan delgada que parecía tener ocho.

—Él pudo haber robado la peineta y pudo haber conservado su reloj —sugirió Caroline amablemente. Veinte pequeñas cabezas asintieron. Desde luego, podría haberlo hecho—. ¿Por qué no lo hizo?

Silencio otra vez. El porqué Jim no había robado la peineta no les quedaba muy claro. En su mundo, mucha gente robaba. Era simplemente cuestión de no ser atrapado.

—Porque... —dijo una voz tímida, con un leve ceceo en las eses. No se le veía porque estaba detrás de Mack, que era enorme para su edad, pero Caroline sabía



quién era. Manuel. Manuel, cuya madre había sido internada en el hospital cinco veces el año pasado por culpa de su padrastro y estaba en el hospital ahora mismo.

—¿Porque...? —dijo Caroline.

—Porque así mostraba cuánto la amaba.

—Eso es, Manuel. Al no robar la peineta, aún más, sacrificando algo que a él le importaba para comprarle algo a ella, mostraba cuánto amaba a su esposa. Y ella hizo un sacrificio también, ¿verdad? ¿Quién me puede decir qué sacrificó? —Otro bosque de bracitos—. ¿Lucy?

—Su pelo. Ella vendió su pelo por él —suspiró Lucy. Su madre era una cocainómana que se vendía para comprar drogas. Lucy había estado bajo la tutela de Estado varias veces, mientras su madre estaba en rehabilitación. El amor verdadero no era una gran parte de su mundo.

—Muy bien. Entonces, niños, si pudierais comprar cualquier cosa para vuestra mamá, vuestro papá, una hermana o un hermano... ¿qué sería?

—¿Cualquier cosa? —preguntó Jamal, con el rostro arrugado por el desconcierto.

—Lánzate —sonrió Caroline—. Cualquier cosa del mundo.

—Una PlayStation 4, para mi mamá —dijo Jamal con decisión, y la sala estalló en risas.

Era un ejercicio interesante. Probablemente era la primera vez que habían pensado en poder conseguir algo ellos mismos sin robarlo. Y, para muchos, la primera vez que habían pensado en compartir. Sus vidas estaban empobrecidas en todos esos aspectos. Las ideas para regalos fueron de todo tipo: una casa, un trabajo, un papá fuera de prisión, un viaje a Disneylandia, un par de zapatos rojos, un coche nuevo. Todo el mundo habló, salvo Manuel.

Caroline lo observó, allí sentado, tan pequeño y quieto. Intentando arduamente no ser notado.

Jack le había hablado sobre los primeros años de su infancia, cuándo había sido pequeño y débil. Había perfeccionado el arte de deslizarse por ahí sin atraer las miradas, porque la atención era, la mayoría de las veces, dolorosa. Ocultarse en las sombras, no hablar nunca, porque cualquier cosa podría hacer estallar a su padre. E incluso cuando no hablaba, su padre podría enfurecerse él solo.

Más tarde Jack se había vuelto grande y fuerte, y nadie lo molestó después de cumplir los catorce.



Pero antes de ese momento, antes de crecer en músculo y tamaño, había sido una víctima. Se había encargado de no volver a serlo enrolándose en el ejército y luego sirviendo como súper soldado de élite, en los Rangers. Definitivamente Jack ya no volvió a ser una víctima. Y Jack había convertido en el trabajo de su vida el enseñar a los débiles a defenderse por sí mismos.

Era un asesor de seguridad, uno muy próspero. Si eras un banco o una corporación y querías su ayuda experta, estaba encantado de darla, por un precio elevado. También dirigía una academia de artes marciales y centro de fitness, y si eras un abogado o un ejecutivo esperando reafirmar tus abdominales y tus glúteos, bien, Jack era tu hombre... a doscientos dólares por hora, cuando pudieras conseguirlo.

Pero si eras joven y pobre — y sobre todo, si eras una mujer— conseguías la mejor ayuda del mundo y la factura quedaba descartada.

Mientras los niños proponían regalos descabellados, ella miró por la ventana hacia *La taza de té*. Al otro lado de la calle su amiga Sylvie hacía gestos con las manos. Una gran mesa con un mantel rojo, tazas de plástico, un termo enorme y platos rojos de fiesta habían sido colocados en el centro del salón de té. A lo largo del mostrador había bastantes magdalenas como para alimentar a una brigada de soldados, simplemente esperando a los niños. Era hora de terminar.

Un niño más.

—¿Manuel? ¿Qué crees que le gustaría a tu mamá como regalo?

Él guardó silencio un largo momento, lo bastante largo como para que la charla de los niños se detuviera. Tragó saliva, la pequeña nuez de Adán oscilando de arriba abajo.

—Que muera mi padrastro —susurró.

Caroline realmente sintió que su corazón se contraía, con piedad, con pesar, con el peso de una verdad dolorosa. Porque *era verdad*. La vida de Manuel y la vida de su madre serían infinitamente mejores sin ese monstruo violento en ellas.

Hasta que no empezó a trabajar en el refugio no había sabido siquiera que hubiera algo semejante a unos malos padres en el mundo. Su padre había sido maravilloso: cariñoso, generoso y divertido. Una figura más grande que la vida cuyo amor por su esposa y sus hijos quedaba de manifiesto mil veces al día.

Caroline estaba embarazada. Se había hecho la primera prueba esa misma mañana en la librería. Sabía lo mucho que Jack deseaba tener un hijo, así que no se había



hecho la prueba en casa. No tenía sentido decepcionarle. En cierta forma, sin embargo, aún antes de que la tira se hubiera vuelto roja, ella lo sabía.

Igual que sabía, más allá de cualquier sombra de duda, que Jack sería un padre maravilloso. Probablemente sería tremendamente sobreprotector, como lo era con ella, pero él estaría allí para sus hijos en todos los aspectos. Tampoco tenía dudas de que daría su vida por ella sin vacilar. Como lo haría por cualquiera de los hijos que pudieran tener.

Jack había llegado tarde al amor, pero lo apreciaba mucho. Caroline esperaba con todo su corazón que las jóvenes almas frente a ella, algún día experimentarían el precioso regalo del amor por sí mismos.

Pensó en todo lo que tenía en su vida —un marido cariñoso, una hermosa casa en la que había crecido, la perspectiva de un hijo a quien amar— con enorme gratitud, porque entre la muerte de su familia cuando tenía veinte años y la reaparición repentina y misteriosa de Jack en su vida, había habido años duros y áridos. Años en los cuales tuvo que cuidar de un hermano enfermo, había visto desaparecer a sus amigos uno a uno, mientras su vida se hacía más dura y el dinero más escaso. Años de trabajar duro y ver morir a su hermano, de avanzar centímetro a centímetro. Años en los cuales no podía permitirse llorar por la noche, porque Toby hubiera notado sus ojos hinchados y se hubiera culpado a sí mismo. Años de adversidad y pesar.

Ella conocía de primera mano lo difícil que era tener esperanza cuando todo a tu alrededor es desolación y desesperación.

Pero en aquella Nochebuena al menos había magdalenas, chocolate caliente y un libro para esos niños.

Dio unas palmadas.

—¡Niños! ¡A prepararse! Poneos los abrigos, porque vamos a cruzar la calle para una sorpresa.

El respiro de calma artificial creado por la narración había terminado. El nivel de ruido creció y los veinte niños parecieron convertirse en cien mientras se ponían los abrigos harapientos y las bufandas sucias.

El nivel de ruido era tan fuerte que no oyó la campana sobre el marco de la puerta de la tienda, y sólo comprendió que alguien había entrado porque en un instante, todos los niños se quedaron en silencio.

Miró detrás de ella y se congeló.

Oh mierda, fue su primer pensamiento. Instantáneamente se avergonzó de ello. El hombre que entró parecía un matón, pero ella tenía mejor criterio como para juzgar



sólo por la apariencia. Uno de los mejores amigos de Jack parecía un extra de *Resident Evil* —conducía una gran moto negra y hablaba en sordos gruñidos— y sin embargo era un encanto.

Aquel hombre tenía dominada la sensación de *Resident Evil*, pero no parecía encantador en absoluto.

Mientras su cabeza procesaba todo eso, su cuerpo continuaba sobreexcitado. Empezó a sudar por todas partes y su corazón comenzó un ritmo desatado para garantizar el bombeo de sangre a sus extremidades, simplemente porque su cuerpo reconocía que iba a necesitarlo.

No obstante, diez mil años de civilización y la estricta educación de su madre hicieron que preguntara en un tono perfectamente normal:

—¿Puedo ayudarle?

El hombre había estado escudriñando la habitación, pero al oír su voz se volvió lentamente hacia ella y sus señales involuntarias de peligro comenzaron a retumbar.

Era verdaderamente enorme, más alto aún que Jack, y aparentemente el doble de ancho. Pero donde Jack era todo magro músculo, ese hombre parecía como si le hubieran tirado sobre su cuerpo unos cubos de manteca de cerdo, antes de embutirlo en la ropa. Debajo de la grasa, sin embargo, una vez había habido músculo. Debía de haber engordado más de ciento treinta kilos, y cada onza era mezquina y maloliente.

El hedor se expandió por la habitación. Alcohol, ropa sin lavar, hombre sin lavar, y ese algo horrible que emanaba de algunos humanos y que era como el silbido de un perro para las personas normales. *Este hombre está loco*. Ella rara vez se había encontrado con eso, pero era inconfundible.

Había un silencio absoluto. Todos los niños comprendían instintivamente que el peligro acababa de entrar en la habitación. Habían vivido hombro con hombro con el peligro. Varios de los niños estaban encorvados sobre sí mismos como para hacerse más pequeños. Algunos se había escondido bajo su escritorio o en los rincones, algunos permanecían en pie, congelados, pálidos.

El hombre iba vestido con unos pantalones de cuero muy sucios y un chaleco de cuero sin camisa, como si fuera insensible al frío de afuera. Se sacudió la nieve como un oso polar y avanzó paso.

Dios mío, era *grande*.

Jack le había enseñado a Caroline muchos movimientos de artes marciales, pero no había nada que ella pudiera hacer contra alguien tan enorme. Sencillamente no tenía el peso o la masa muscular suficientes.



Y, encima, el tipo volaba más alto que una cometa.

Viéndolo más de cerca, era evidente. Las pupilas estaban dilatadas y sus ojos estaban ligeramente desenfocados. Osciló un poco sobre sus pies como si hubiera un fuerte viento, aunque no había viento en la librería. Tan sólo veinte niños pequeños y una librera muy asustada.

—¿Puedo ayudarle? —repitió ella, conservando su voz neutra y suave, exactamente como si calmara a una bestia salvaje.

—¿Ayudarme? —repitió él—. ¿Qué si puedes ayudarme? Sí, señora. Sí, puedes ayudarme. —Sus ojos se estrecharon—. Estoy buscando a mi hijo. Manuel.

Oh Dios, Oh Dios. Este hombre no sólo parecía peligroso, *era peligroso*. Casi había matado su esposa. Era como una bomba andante en su librería, una librería llena con veinte niños pequeños. El aliento se atascó en sus pulmones. No se atrevió a mirar a su alrededor, pero por lo que pudo ver con su visión periférica, Manuel había desaparecido.

—Así que... —El hombre se bamboleó. Por un segundo, ella esperó que sencillamente se derrumbara en el suelo, como una piedra, pero se mantuvo en pie—. ¿Dónde cojones está mi hijo?

Caroline tragó con dificultad. Escuchó la voz de Jack en su cabeza. *¿Qué haces si estás en problemas, cariño?*

Habían pasado por eso un millón de veces, y cada vez que hablaban de ello, él trataba de convencerla para que llevara un arma. Él había vivido en un mundo peligroso toda su vida y siempre iba armado de algún modo.

Sin mencionar el hecho de que, hasta cierto punto, el cuerpo entero de Jack era un arma.

—¿Dónde está? —bramó el hombre, con voz ronca y rasposa—. ¿Dónde diablos está mi chico? ¿Dónde está esa pequeña mierda? —El corazón casi se le detuvo cuando él extendió la mano hacia atrás y en su mano apareció un gran cuchillo negro.

En ese instante Caroline se arrepintió amargamente de no haber aceptado las constantes ofertas de Jack para enseñarle a disparar. Vaya hombre, si tuviera un arma y supiera cómo usarla, le acertaría justo entre los ojos —sin ningún remordimiento en absoluto, porque era evidente que él estaba allí para causar daño.

Sus porcinos ojos negros escudriñaron la sala entrecerrándose y se movió hacia los niños. Una chica gritó, y el sonido fue bruscamente interrumpido por su propia



mano. Los niños eran como animalitos, esperando evitar la mirada del depredador en su dirección.

El hombre gruñó a la chica, adelantándose de forma inestable.

Caroline dio un paso para situarse delante de él. Él la apartó de un manotazo del revés como a una mosca molesta.

Su golpe la cogió por sorpresa. Aterrizó contra el borde de la estantería, se quedó sin aliento y casi se desmayó por el dolor. Se agarró ferozmente a la consciencia, comprendiendo que ella era lo único que había entre aquellos niños y la tragedia.

—¡Manuel! —gritó el tipo loco, la voz atronadora haciendo eco en la habitación. Blandió el cuchillo—. ¡Sal, pequeña cabeza de mierda! ¡Eres un gusano, igual que tu jodida madre! ¿No tienes el valor de salir, eh? ¡Entonces voy a buscarte!

Se tambaleó hacia adelante y Caroline observó, horrorizada, cómo se metía en medio de los niños. Aquellos que no fueron lo bastante rápidos como para gatear fuera de su camino, fueron apartados a guantazos, igual que le había ocurrido a ella.

Caroline casi se había quedado inconsciente por esas enormes manos como jamones. Él podría hacerle auténtico daño a un delgado niño de ocho años.

Aunque la cabeza todavía le daba vueltas, comenzó a rodar para ponerse sobre sus rodillas, esperando recuperar algo de fuerza en sus extremidades. Los niños lloraban, gritando, dos yacían en pequeños montones en el suelo.

Caroline apretó los dientes y se puso en pie de forma inestable. Mientras se levantaba, miró al otro lado de la calle y vio a Sylvie mirando, con los ojos como platos. El hombre estaba de espaldas a ella, así que Caroline hizo el gesto de llevarse un teléfono a la oreja. Sylvia agarró un móvil del mostrador y pulsó tres números.

9-1-1. Buena chica.

Sylvie habló por teléfono, claramente informando de lo que estaba ocurriendo en *Primera Página*. Un hombre enorme armado con un cuchillo, una habitación llena de niños y una potencial situación de rehenes. Querrían saber la cantidad y las posiciones y Sylvie habló durante un minuto completo.

Sylvie levantó el dedo pulgar y Caroline le hizo una seña para que se agachara, puesto que quedaba resaltada en el enorme escaparate. Sylvie salió de la vista.

—¡Sal, pequeño cabrón! —gritaba el monstruo. Excepto por los dos pequeños montones, todos los niños habían salido a gatas de su camino. No les prestó la menor atención, enfocado en su presa específica.



Por favor, Manuel, sal por la puerta trasera, rezó ella. Tal vez lo había hecho, porque no estaba a la vista por ninguna parte. El hombre-monstruo rugía con ferocidad, volcando estanterías, esparciendo libros y revistas, haciendo pedazos una lámpara.

La mente de Caroline se aclaró. Lo primero que debía hacerse era sacar a tantos niños como fuera posible. Mientras el monstruo bramaba, revolcándose en su furia, ella fue silenciosamente por detrás de un mostrador a la altura de la cintura y abrió la puerta trasera. Manteniendo un dedo en los labios, acompañó hasta la puerta a diez de los niños, mientras el hombre estaba de espaldas. Cuando se giró, todo lo que vio fue a Caroline, que se había movido a dos metros y medio de la puerta. El mostrador escondía a los niños que salían a hurtadillas, uno por uno.

Ahora a esperar la ayuda.

Sylvie había pedido ayuda oficial, pero Caroline tenía un marido que era mucho más peligroso que el hombre-monstruo. Ella llevaba puestos un suéter y una larga chaqueta de lana sobre él. Por costumbre, siempre conservaba el móvil con ella en todo momento. Jack había insistido al principio de su matrimonio, y a esas alturas era un hábito muy arraigado.

El número de móvil de Jack estaba el primero en marcación rápida.

—Hola, cariño. —Su voz profunda fue inconfundible.

¡Oh Dios, había olvidado quitar el altavoz!

Pulsó el botón para desconectar el altavoz y aprovechó la ocasión, volcando un cuenco de cerámica con manzanas, para atraer la atención del monstruo. Él giró la cabeza brevemente. Fue casi doloroso observar sus reflejos. Estaba tan drogado que eran lentos, los estímulos llegaban hasta él con dificultad.

—¡Suelta ese cuchillo! —gritó, sabiendo que Jack estaba escuchando—. ¡Hay niños aquí en la librería!

Eso sería suficiente.

Dondequiera que estuviera, ahora Jack vendría a por ella. Lo sabía igual que sabía que el sol salía por el este. El hombre-monstruo interrumpió sus destrozos en la tienda para volver su mirada hacia ella, con los ojos entrecerrados. La miró de arriba a abajo y, espantosamente, se chupó los labios, abriendo la boca en una sonrisa grotesca. Sus dientes estaban picados y ennegrecidos.

—Preciosa señora —gruñó él, y la apuntó con el cuchillo—. Tú eres la siguiente. Después del mocosito. —Luego se dio media vuelta, buscando a Manuel.



Caroline hizo señas, y los niños que habían quedado atrapados detrás del hombre-monstruo corrieron hacia ella. Los reunió tras de sí, señalando la puerta trasera. Cinco niños habían salido ya. Jamal estaba a su lado, temblando de miedo.

— ¿Dónde está Manuel? —susurró ella—. ¿Consiguió salir?

Jamal negó con la cabeza.

— Está escondido en tu oficina —susurró él. Oh Dios. La puerta de su oficina podía cerrarse desde dentro, pero sólo era una puerta de madera de pino. El hombre-monstruo podría derribarla de un empujón con una patada de sus botas.

Los cinco niños restantes estaban agachados detrás del mostrador. No quedaba ninguno en la tienda. Ella sólo podía esperar que el hombre-monstruo gritón, que parecía tener la inteligencia de una babosa, tuviera también la capacidad de atención de una.

En silencio, Caroline hizo señas para que los niños a su alrededor corrieran hacia la puerta trasera. Los haría salir tan pronto como pudiera, mientras el hombre bramaba y chocaba violentamente contra sillas y estanterías, llamando a gritos a Manuel.

Al otro lado de la calle, la cabeza de Sylvie sobresalió por encima el mostrador, haciendo la señal de OK y luego un gesto simulando un arma. Caroline asintió, luego le hizo señas de que volviera a agacharse.

Muy bien. La policía estaba aquí, esperaba que con francotiradores del SWAT.

Se sobresaltó debido al ruido de la madera rompiéndose, pero lo que la aterrorizó aún más que eso fueron los sonidos animales que el hombre-monstruo hizo mientras sacaba a la fuerza al pequeño Manuel cogido por el pelo. Unos malignos y agudos chillidos de furia que le pusieron de punta el vello en la nuca y los antebrazos.

Hasta el día de su muerte, Caroline nunca olvidaría esos sonidos bestiales saliendo de la boca de un ser humano. Eran aterradores, como estar en la misma habitación que un animal salvaje.

Con el corazón en la boca, observó cómo sacaba a la fuerza al pequeño Manuel por el pelo hacia el medio de la habitación, lo levantaba y sujetaba el cuchillo contra su garganta.

Lo que más la horrorizó fue que el pequeño no hizo ni un solo sonido. Pálido y tembloroso, se mantuvo en pie como un soldado —aun cuando ese puño carnoso le tiraba del pelo tan fuerte que el cuero cabelludo estaba ligeramente levantado.



Y Caroline supo con una repentina certeza que ésta no era la primera vez que le había ocurrido aquello a Manuel. No era la primera vez que era aterrorizado y atormentado por esta bestia humana.

Pero por Dios que sería la última.

Una calma profunda se asentó en ella. Ese niño no dejaría el local con ese monstruo. Antes ella moriría.

—¿Dónde está esa perra sin valor? —gritó el padrastro de Manuel. Tenía el rostro de color púrpura, el sudor manaba de sus sienes, goteando por sus mejillas. El olor animal se intensificó, un hedor repugnante—. ¿Dónde está tu jodida madre?

Los pequeños ojos de Manuel estaban cerrados y sus labios se movían. Estaba rezando.

—¿Eh? —El hombre sacudió a su hijastro como a una muñeca de trapo—. ¿Dónde diablos está?

—En el hospital —susurró Manuel.

—¡Jodido mentiroso! Estás mintiendo, igual que ella. ¡A la perra no le pasa nada malo! ¡Siempre está mintiendo sobre mí! —Batió ese gran cuchillo negro de nuevo hacia arriba, sujetándolo contra la delgada garganta de Manuel.

Jack la había hecho pasar por varios ejercicios durante su entrenamiento. Uno de los ejercicios había sido la observación. Repentinamente le preguntaba en un restaurante cuántos camareros había en la sala. Cuántas lámparas había en la habitación de un hotel. Dónde estaba la salida trasera en una cafetería. Cuántas sillas había en la sala de espera del banco.

Durante un tiempo la entrenó tan duramente que Caroline comenzó a observar y memorizar hasta la exasperación, aún cuando Jack no estuviera allí, porque él estaba allí en su cabeza.

Y ahora todo ello daba sus frutos, porque por el rabillo del ojo vio una barra negra y delgada deslizándose sobre el mostrador del local de Sylvie al otro lado de la calle. ¡El cañón de un rifle! Y otra barra se deslizó sobre la balaustrada del tejado del edificio de Sylvie. Otro francotirador.

La caballería había llegado de verdad.

Ella había aprendido de Jack lo suficiente sobre disparos como para saber que los francotiradores que estaban tras de esos rifles no fallarían a través de una calle de dieciocho metros. Sin embargo, no podían disparar a lo que no podían ver, y el



monstruo estaba en el lado pequeño de su tienda, que tenía forma de L, escondido por una pared. Podrían oír sus bramidos, pero no podrían verlo.

Ella podría esperar. Tarde o temprano, los francotiradores lo conseguirían. Pero si pasaba más tiempo, podría herir a Manuel. Matarlo con un golpecito de esa muñeca carnosa.

Ya se estaba excitando a un mayor grado de furia, soltando espumarajos por las comisuras de su boca. Saltaba debido a su agitación y una delgada línea roja apareció en el cuello de Manuel, comenzando a sangrar lentamente.

Era aterrador ver la expresión calmada del pequeño Manuel. Había visto a este hombre golpear a su madre incontables veces. Sus ojos castaños se elevaron al techo —al cielo— y sus labios blancos se movieron más rápidamente.

Se estaba preparando para morir. Este pequeño e inocente niño esperaba morir a manos de ese monstruo.

—¡Hey! —Caroline se puso de pie, agitando las manos. Al otro lado de la calle, a través de un descanso en la nieve, vio la cabeza de Sylvie por encima del mostrador. Los ojos de Sylvie se abrieron de par en par por el susto.

Pero Caroline sabía lo que estaba haciendo. Tenía un plan y todo dependía de la habilidad y los nervios de los francotiradores de la policía. Confiaba en ellos. Jack tenía amistad más o menos con todo el cuerpo y decía que eran todos buenos tipos y buenos polis.

Sería mejor que lo fueran, porque ella estaba a punto de poner su vida en manos de ellos.

—¡Hey! —gritó de nuevo—. ¡Deja marchar a ese niño, hijo de puta!

Los ojos de él se ampliaron. Evidentemente, nadie le hablaba de esa manera. Al menos, ninguna mujer.

Se hizo un silencio absoluto en su librería mientras Caroline caminaba hacia el hombre. Se detuvo en el centro de la habitación. Él era un matón. Utilizaba su envergadura para intimidar. Querría llegar hasta ella, amenazarla. Asustarla.

Si no hubiera estado tan encendida por la rabia, tal vez se hubiera asustado, porque mientras caminaba hacia ella —con Manuel tropezando por delante de él y la sangre manchando su camiseta beige— se dio cuenta una vez más de lo enorme que era. Al menos uno noventa y ocho, y tal vez ciento treinta y cinco kilos. Más bien gordo, pero una parte eran músculos. Ciertamente lo suficiente como para lastimarla. Tal vez matarla.



— ¿Qué es lo que quiere de M...? — Ella casi dijo el nombre de Manuel y se detuvo justo a tiempo. Si el hombre-monstruo notaba que ella tenía una conexión con el niño, él la usaría—. ¿Del niño?

— ¿Este pedazo de basura sin valor? ¿De este marica? Gimotea cada vez que le enseño lo que está bien y lo que está mal. ¿No es cierto, chico? — Le dio a Manuel una cruel sacudida. Manuel quedó total y completamente callado. Sólo sus labios se movieron—. *¿No es cierto, chico?*

A ella le sudó todo el cuerpo cuando él tiró de la cabeza de Manuel hacia atrás con más fuerza, exponiendo la garganta como la de un cordero en el matadero.

— El pequeño cabrón hará que ella vuelva conmigo. Ella me dejó. ¡Mi jodida esposa *me dejó!* La policía me dijo que no puedo dar un paso hacia ella o el niño. Bien, ¿y ahora qué? Tengo al niño y la tendré a ella.

Ahora estaban en el centro de la habitación, iluminados desde arriba como actores en un escenario. Todo el mundo afuera podía ver exactamente cuál era la situación. Caroline era completamente consciente de que no se atrevían a disparar, porque el hombre era tan enorme que podría caer sobre Manuel, o podría rebanarle la garganta al niño mientras caía.

Él también estaba lo bastante cerca de Caroline como para conseguir golpearla de nuevo.

Era demasiado peligroso disparar ahora. Estarían observando cuidadosamente a través de sus mirillas. Si el asunto se precipitaba, si él presionaba el cuchillo más estrechamente, ellos simplemente dispararían. Y podrían matar a Manuel.

Caroline se aseguró de estar a un lado, permitiendo a los francotiradores un disparo claro.

— ¿Quieres que la llame? — preguntó.

— ¿Eh?

Él frunció el ceño, las palabras se abrieron camino lentamente a través de la putrefacción y el pus en su cabeza desconcertada por la droga.

Ella sacó su smartphone del bolsillo, con el dedo gravitando sobre la pantalla.

— ¿Quieres llame a tu esposa? ¿Qué le diga que venga?

Sin ser visto por el monstruo, Manuel se puso aún más pálido, intentando negar con la cabeza, aunque su cabeza estaba sujeta con un agarre de hierro.

La idea se había abierto camino a través del cerebro del hombre. Se le escapó una amplia sonrisa.



—Sí. Joder, sí. Dile a esa perra que venga pronto. Tengo cosas que decirle.

—¿Dónde está?

—En el hospital —dijo él hoscamente—. Fingiendo.

Sólo había un hospital en la ciudad. Caroline asintió.

—Da la casualidad que tengo el número del hospital en marcación rápida —mintió ella—. Entonces... ¿cómo se llama?

—¡Putá! —gritó—. ¡Su nombre es Puta! ¡Porque es justo eso!

—Estoy segura de que lo es —dijo Caroline suavemente—. Pero aún así necesito un nombre.

—Anna. —La palabra fue expulsada en un gruñido—. Anna Ramírez Pedersen. Algunas veces ella omite mi apellido, la cabrona. Simplemente se llama a sí misma Ramírez.

—Vale. Ahora mismo llamo. —Fingió marcar un número y se llevó el teléfono a la oreja—. Sí —dijo animadamente, como si hablara con un recepcionista—. Soy Caroline Prescott de la librería *Primera Página*. Me gustaría hablar con Anna Ramírez Pedersen, por favor.

—Cariño. —La voz de Jack surgió, profunda y baja—. Estoy justo afuera. Tenemos rifles apuntando a ese tipo. En el mismo instante en que tú y el niño os dejéis caer al suelo, dispararán.

Oh Dios. Sus rodillas casi se doblaron por el alivio al oír la voz de Jack, una soga salvavidas hacia la cordura.

—De acuerdo, sí —contestó ella, como respondiera alguien en el hospital—. Entiendo. Esperaré.

—Intenta apartarte de la ventana, habrá cristales por todas partes, —dijo Jack.

—Ajá. —Ella miró hacia el hombre-monstruo—. Sí, creo que sí.

Jack estaba en su cabeza ahora. Todas las miles de horas de lecciones que había absorbido.

El combate ocurre a cámara lenta. Todo se desacelera, incluyendo tu ritmo cardíaco. No tengas visión de túnel. Mantén todos tus sentidos abiertos. Observa antes de actuar.

Y vaya si el tiempo se ralentizó. Ella asimiló todo: la postura del hombre, el ángulo en que sujetaba el cuchillo contra la garganta de Manuel, su distancia hasta la ventana.



Comenzó a hiperventilar, forzando la entrada de oxígeno y su cabeza evaluando los tres elementos formando un triángulo: ella misma, el monstruo sujetando a Manuel y los francotiradores de afuera.

Recorrió en su cabeza las cosas que tenían que ocurrir para liberar al niño de su loco padrastro —las visualizó— y actuó.

Caroline nunca fue particularmente atlética en su infancia, pero le gustaba el béisbol y había sido una lanzadora excelente.

—Sí —dijo ella, enderezándose de repente como si hubiera una voz nueva en la línea—. ¿Señora Pedersen? Sí, hay alguien que quiere hablar con usted.

Los ojos del hombre-monstruo brillaron. Por fin. La mujer que se moría por atormentar. Al teléfono, y con su hijo bajo amenaza, así ella sería vería obligada a obedecer y a sufrir. Él estaba en el cielo de los monstruos. Con su mano libre curvó sus gruesos dedos hacia arriba en el gesto universal de “*dame*”.

Oh, vale.

Todo se ralentizó aún más, sus movimientos se volvieron calculados y precisos.

Lanzó el teléfono hacia el hombre, asegurándose de quedarse corta, para que él tuviera que abalanzarse para recogerlo. Él aflojó su agarre sobre Manuel, apartando la mano del cuchillo. Mientras el teléfono estaba todavía en el aire, Caroline se lanzó hacia Manuel, tirándolo al suelo y rodando con él, deteniéndose, cubriéndolo con su propio cuerpo, escudando la pequeña cabeza con sus brazos.

El mundo explotó.

El cristal voló en brillantes pedazos de vidrio casi indistinguibles de los copos de nieve que flotaron dentro de la tienda. Alzó la mirada horrorizada hacia la niebla roja en medio de la blancura de cristales y nieve, luego la bajó hacia el hombre que había caído como un costal de carne.

Muerto y bien muerto, como diría Jack.

¡Bien! pensó ella con crueldad.

Y luego no tuvo tiempo de pensar en nada en absoluto, porque un billón de hombres vestidos de negro y esgrimiendo grandes armas negras inundaron la librería gritando, y un Jack pálido la había levantado y estrechado en un abrazo tan apretado que no podía respirar.

Él estaba temblando.

Su marido, el durísimo Jack Prescott, temblaba, y sus mejillas estaban mojadas.



—Dios mío —gimió él y tuvo una enorme sacudida—. Creo que acabo de perder unos cincuenta años de vida.

Caroline se estiró para besarle, luego luchó por liberarse.

Cuatro hombres estaban en cuclillas alrededor del cadáver macizo, apoyados en los cañones de sus rifles. La sangre se extendía desde la parte de atrás de la cabeza del monstruo. Caroline bajó la mirada hacia él, con furia y odio en su corazón, una mezcla de emociones que nunca había sentido antes. Ni siquiera sabía que era capaz de tenerla.

Estaba muerto y ella se alegraba de que estuviera muerto. Tal vez, simplemente tal vez, Manuel y su madre podrían dejar todo aquello atrás y construirse una nueva vida.

Una imagen surgió en su cabeza —un Manuel diminuto y tembloroso, inmóvil, congelado por el terror, porque sabía que su padrastro era perfectamente capaz de rebanarle la garganta— y se liberó de un tirón y le dio al cadáver una patada en el costado tan fuerte como pudo.

Cuatro duros rostros masculinos la miraron con sorpresa.

—Lo siento —rechinó—. Díganle al forense que se cayó sobre algo.

Un tipo, que parecía como si comiese clavos para desayunar, le hizo un gesto con dos dedos.

—Sí, señora.

Caroline se dejó caer de rodillas al lado de Manuel, que todavía estaba encogido formando una pequeña bola. Se le encogió el corazón. Parecía tan humillado, tan vulnerable. ¿Cómo podía alguien hacerle esto a un niño?

Le tocó la parte de atrás de la cabeza, ahuecándola ligeramente, sin saber si querría siquiera que lo tocaran. Los niños maltratados a menudo no podían soportar ser tocados por un adulto.

—Está bien —susurró—. Se ha acabado.

Levantó la cabeza e intentó volver la mirada atrás, hacia el cadáver de su padrastro, pero ella amablemente le giró la cara de regreso a la de ella. La tristeza en su mirada le retorció el corazón. Él no lloraba, a pesar de todo. Sus ojos estaban secos. Era un soldadito fuerte.

—Quiero a mi mamá —susurró.

El oficial de policía de aspecto rudo se levantó y se acercó a ellos, tendiendo una mano enorme. Caroline se levantó también, con la ayuda de la fuerte mano de Jack,



porque sus piernas se sentían débiles. Se sentía débil por todas partes, particularmente en su cabeza. Era como un globo lleno de helio, que saldría flotando si no estuviera pegado a su cuello.

El oficial grande mantuvo la mano extendida hacia Manuel, esperando pacientemente.

—Te llevaremos con tu madre —dijo en voz baja—. Te está esperando. —Su gran mano no se movió. Finalmente, Manuel metió su mano diminuta en la de él.

Caroline soltó el aliento reprimido.

Los ojos del oficial de policía se encontraron con los de ella. Para ser un hombretón tan grande, tenía ojos amables.

—Los servicios sociales están en camino, señora. —él agitó su mano libre—. Para todos los demás, también. Todos los demás niños están a salvo afuera, en la parte de atrás.

Caroline tembló. La temperatura en su librería era la misma que la de afuera.

—¿Pueden esperar los niños ahí enfrente, dónde hay magdalenas y chocolate caliente? —preguntó ella—. Hay suficientes magdalenas y chocolate caliente para sus hombres, también.

Ella temblaba de nuevo. No era por el frío, o no sólo por el frío. Era un efecto secundario del shock.

—Sí, señora. Gracias. Le tomaremos declaración...

—Mañana —dijo Jack con voz dura—. Le dará la declaración mañana. Ha pasado un infierno y ahora la llevo a casa. Ahora mismo.

Los dos hombres se miraron mutuamente, dos machos alfa con dos intenciones diferentes. Caroline casi podía ver las ondas de voluntad masculina batallando adelante y atrás y el oficial cedió primero. Apartó la mirada, luego volvió a mirar a Jack con un suspiro.

—De acuerdo, Prescott. Mañana. La estaré esperando no más tarde de las once.

—A las doce —respondió su esposo. Hizo un gesto con la mano hacia la destrozada librería—. Voy a enviar a gente para que tapen las ventanas y limpien. Pasaremos la mañana aquí.

El poli puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, a las doce. Espero que el chocolate caliente y esas magdalenas sean buenos.



—Los mejores —prometió Caroline, luego se apoyó contra Jack, las voces a su alrededor haciéndose más distantes y la habitación volviéndose negra.



Jack levantó a su esposa y salió con ella entre sus brazos, encontrándose con las miradas de todos los policías que llenaban la habitación. Estaba inundado de miedo y ansiedad y le habría encantado que alguien hubiera intentado detenerle.

Buscaba pelea puesto que el gilipollas con el cuchillo ya estaba muerto.

Pero nadie dijo nada, sólo se movieron silenciosamente y le hicieron sitio para que pasara entre la nieve que entraba a través del escaparate hecho añicos.

Era un milagro que su corazón no se le hubiera parado cuando contestó al teléfono móvil sólo para oír los gritos de los niños y a Caroline diciendo a voces “¡baje ese cuchillo!”

Había estado de regreso de una consultoría con el Oficial Jefe Financiero de un banco sobre seguridad bancaria. Cada pelo de la cabeza se le había puesto de punta y el sudor había empezado a salirle por todo el cuerpo. Había estado en batalla en incontables ocasiones, sobrevivido a docenas de tiroteos y había mantenido su frialdad. Pero justo entonces todo su sistema nervioso se había colapsado.

Estaba perfectamente equipado, por naturaleza y por entrenamiento, para tratar con amenazas hacia sí mismo. Pero no tenía defensas para amenazas contra Caroline, ni una sola. No tenía nada en su sistema que pudiera tratar con aquello.

Había empezado a nevar, pero él había encendido el motor, corriendo a través de semáforos rojos, girando las esquinas tan cerradamente que habría pasado por encima si no hubiera sido instructor de conducción en combate.

Inteligente Caroline. Se las había apañado para alertarle de la amenaza y de dónde estaba. Había ido directo a la tienda de libros mientras escuchaba lo que estaba pasando dentro de Primera Página. Había aparcado a medio bloque de distancia y había sacado su Glock cargada que tenía oculta en una pistolera bajo el asiento del conductor, bajándose del Explorer antes de que se detuviera del todo.

Fue abordado antes de haber dado diez pasos y creó serios daños antes de comprender que estaba luchando con un oficial SWAT.

Incluso entonces el retumbo de Caroline en peligro siguió sonando en su cabeza.



—¡Informe de la situación! —le ladró al primer rostro que reconoció, el Sargento Glenn Baker. Un buen tío con una pistola, un buen tío para tenerlo a tu lado, un buen tío. Sólo que en aquel momento le estaba impidiendo llegar a Caroline.

—Arne Pedersen, treinta y cuatro, historial tan largo como mi polla. Le gusta golpear a su esposa, Anna, que ahora mismo está en el hospital comarcal. Hay una orden de alejamiento contra él, que acaba de romper, así que con eso y por imprudencia temeraria va a estar a la sombra durante mucho tiempo, sin importar cómo acabe esto. Tiene a su hijastro de rehén. Quiere a su esposa. Que sigue en coma. Nuestro médico dice que está chutado. Ahí, echa un vistazo.

Baker le puso una mano sobre el hombro a Jack, luego le mostró un vídeo en su móvil y Jack se paralizó. Un tío grande que sostenía un Ka-Bar contra la garganta de un niño. El cuchillo ya estaba rozándole la piel, le salía sangre de un corte.

No le costaría nada al atacante rajarle la garganta al niño.

Y allí estaba Caroline, a unos cuantos metros de distancia. La cara blanca, mirando al hombre enfadada.

—Ten. —Jack le pasó su teléfono a Baker—. Es una línea abierta.

Pusieron ambas cosas juntas, el vídeo y el audio, y siguieron lo que estaba sucediendo. Baker estaba hablando calmado a su equipo a través de un micro en su oído.

De repente oyó la voz de Caroline claramente, hablando al móvil.

—Soy Caroline Prescott, estoy en Primera Página y quisiera hablar con Anna Ramirez Pedersen, por favor.

—Cariño —dijo Jack con voz baja, mirando a Baker a los ojos—. Estoy justo afuera. Tenemos rifles apuntando al tío. En el momento en que tú y el chico os agachéis, tendrán el disparo.

Baker notificó al equipo y Jack se apartó de la línea de visión, con el corazón latiéndole fuertemente, escuchando a Caroline orquestar el ataque. Admirando su coraje, deseando por su propio bien que ella no fuera endeble, comprendiendo muy bien que ella le estaba salvando la vida al jovencito.

Arriesgando la suya propia.

Pero ahora la estaba sosteniendo. Al pensar en que podría haberla perdido, volvió a temblar de nuevo.

Una mano cálida contra su rostro.

—Jack. —Caroline le sonreía—. No tengas esa expresión. Estoy bien.



—Pues yo no —contestó él, cambiándola de posición en sus brazos para poder abrir la puerta del acompañante en el coche. Llegaron a su SUV, la puerta del conductor todavía estaba abierta, la nieve se acumulaba en el marco.

Él la colocó en el lado del pasajero, que le ganó un corto “gracias” — y rodeó el vehículo. Una vez estuvo tapada con una manta que tenían en el maletero, él arrancó, intentando llegar a casa tan pronto como pudiera antes de que sus nervios cedieran.

—Bueno —dijo Caroline aferrándose a la manta, mirándolo por el rabillo del ojo—. Ha sido interesante.

Cuando él apretó fuertemente los dientes se oyó el ruido.

—¿Qué sucede, Jack? —Colocó su bonita mano sobre su antebrazo, como había hecho miles de veces antes. Ella lo tocaba a menudo cuando le hablaba, como si mesurara sus reacciones a través de su piel, y a él le encantaba.

Le encantaba todo lo que ella hacía. Le encantaba todo lo que decía. Le encantaba ella.

—Por poco te pierdo —dijo a través de los dientes apretados.

Caroline suspiró.

—Sí, pero no lo hiciste. “Por poco” sólo vale para cuando juegas a las herraduras.

—Y con las granadas de manos —respondió sin pensar, observándola—. La frase completa es: “«Por poco» sólo vale con las herraduras y las granadas de mano”².

—Ah. Sí, tiene sentido³. —Caroline alargó la mano para que girara la cara de vuelta a la carretera—. Presta atención. Sólo porque haya burlado una vez a la muerte hoy no significa que no podamos morir.

Ella tenía razón, maldición. Mantuvo el rostro vuelto a la carretera, aunque toda su atención estaba en la mujer pálida y frágil a su lado.

—Pensé que iba a perderte —dijo Jack, su voz tensa—. No creo que pudiera vivir sin ti.

—No vas a tener que hacerlo. —Su voz era amable y tranquilizadora, como si él fuera quien había estado en peligro y no ella. Sólo que Caroline parecía calmada y él

2 Refrán intraducible. Una traducción por significado posible sería “Casi y nada son lo mismo”, refiriendo a que el “casi” no vale para nada. (N.T.)

3 Tiene sentido porque en el juego de las herraduras, el que está más cerca obtiene mejor puntuación, y porque en las granadas, cuanto más cerca del objetivo, mejor. (N.T.)



estaba de los nervios. La piel demasiado tensa, los nervios retorcidos, el corazón galopando.

El Señor Frialdad, perdiéndola.

Por poco la pierde a ella. El pensamiento estaba allí, como un zumbido golpeando contra su piel, haciéndole sudar, haciéndole sangrar. Por poco la pierde.

Jack no podía siquiera contemplar el vivir sin Caroline a su lado. El año que habían pasado había sido el más feliz de su existencia. Regresar al total vacío de Antes de Caroline era impensable. No podía hacerlo, sencillamente no podía.

Sus manos resbalaban sobre el volante para cuando entró en el garaje. Algo le estaba sucediendo, algo grande. Se sentía como si estuviera a punto de explotar si no hacía algo, algo... justo... *en ese momento*.

¿Pero qué?

La respuesta le llegó cuando le dio a Caroline la mano para ayudarla a salir del vehículo y su piel ardió contra la suya.

¿Qué hacer?

Follarla.

Meterse en ella y quedarse ahí tanto como le fuera posible, porque mientras estuviera en ella nada malo podría sucederle. Podría mantenerla a salvo, quedársela. Nada más serviría.

Estaba duro como una roca, cada terminación nerviosa chispeando como pinchos de electricidad.

—¿Jack? —la voz de Caroline se alzó, sorprendida, cuando él se dirigió por la casa con ella sobre el hombro. Casi corriendo por las escaleras, cruzando rápidamente el pasillo hasta su dormitorio, donde cerró la puerta de golpe tras de sí con su bota y se quedó en mitad de la habitación, respirando duramente, sosteniéndole ambas manos con las suyas.

—Jack, querido, ¿qué te pasa?

Caroline mantuvo su voz baja y calmante como si él fuera un animal salvaje, y así era exactamente cómo se sentía en aquel momento. Estaba seguro de que sus ojos mostraban los blancos de alrededor como lo haría un pony aterrorizado.

Jack la miró, su esposa, su milagro. Gracia, bondad y belleza. Una mujer entre un millón, y por poco la pierde.

Le dijo su más profunda verdad.



—Te necesito —susurró con voz ronca—. Ahora mismo. Si no te tengo ahora mismo, creo que me moriré.

Ella dio un paso para acercarse a él, todavía más cerca, hasta que sus pechos le tocaron la chaqueta, mirándole a los ojos al mismo tiempo.

—Mi querido Jack. —Se puso de puntillas y torpemente le besó el lado de la boca—. Soy tuya. Ya lo sabes.

Su control se rompió. Sus manos formaron puños en su cabello y la besó duramente, casi salvajemente. Sabía que le hacía daño en la boca pero no podía detenerse. Era como si su boca le estuviera dando la vida. Estaría vivo mientras la besara.

La levantó y la llevó a la cama, tumbándose sobre ella, todavía besándola. De alguna manera los desnudó a ambos, destrozando su ropa interior pero no importaba porque para entonces le estaba tocando su piel suave como la seda por todas partes, en particular la piel suave como la seda *y húmeda* entre sus piernas, y eso le cortocircuitó.

No podía esperar, ni un segundo más, y entró en ella con una larga y dura estocada. Siempre era muy cuidadoso con ella, pero aquella vez no podía serlo, no podía ser gentil; necesitaba poseerla de la misma manera que necesitaba respirar.

La bombeó, empujones fuertes y rápidos que hicieron que el cabezal golpeará contra la pared, y observó que su rostro se movía arriba y abajo, los pechos meneándose con cada golpe suyo. Ella tenía la cabeza arqueada hacia atrás, los ojos cerrados y respiraba pesadamente. Sus brazos y piernas lo envolvían, sosteniéndolo fuertemente. Ella también estaba celebrando su huida del peligro con sexo.

Jack gimió, le acunó las nalgas, movió sus manos hacia abajo por los muslos, levantándoselos todavía más. El encaje se hizo más profundo, más apretado.

La folló con toda la fuerza de su cuerpo, calor sin sentido llenándole la cabeza. No podía ir más despacio, no podía hacer nada más excepto montarla tan fuerte y rápido como fuera capaz.

Caroline gimió y se tensó alrededor de él, con una fuerte pulsación. Eso le encendió y lo hizo moverse incluso más fuerte y más rápido, con un ritmo casi brutal que le avergonzaría más tarde pero que ahora parecía ser tan inevitable como las olas del mar. Simplemente era como era.

Otra fuerte pulsación, y luego otra. Caroline gritó y él se hinchó en su interior y entonces explotó, su cuerpo entero electrificado por algo que era más que sexo, más que un orgasmo.



Era algo que nunca antes había sentido, como si el universo mismo se moviera a través suyo. Puso el rostro sobre la almohada y gritó mientras se corría y se corría sin fin con el orgasmo más fuerte que jamás había tenido.

Cuando acabó comprendió que estaba pegado a su amor con su propio sudor. Estaba jadeando, completamente apagado. Giró la cabeza para ver si ella estaba bien, pero jamás completó el movimiento porque se había dormido tan profundamente que bien podría haber estado en coma.



Día de Navidad

—¡Levántate, dormilón! Tenemos entrenamiento que hacer. Hoy vas a empezar a enseñarme a cómo disparar. ¡Quiero ser Annie Oakley!

Aquellas palabras le llegaron desde varios universos de distancia y apenas tenían sentido para él. Alguien le meneó el hombro. Jack no tenía ni la fuerza para abrir los ojos. Estaba bajo alguna clase de pedrusco que le impedía mover los músculos.

—Jack, ¡despierta!

Un dedo le subió un párpado y vio de reojo a Caroline, que lo observaba con ojos brillantes. ¿Cómo podía tener los ojos tan brillantes cuando él se sentía como si le hubiera pasado un tren por encima?

—Abre esos dos ojitos castaños —le murmuró ella—. Eso es. Buen chico.

Pudo abrir los ojos, apenas, pero no pudo mover nada más. Estaba total y completamente destrozado.

Los ojos recorrieron la habitación. Era por la mañana, la pálida luz perlada de una mañana nevada filtrándose por las ventanas. ¿Cómo podía ser ya por la mañana cuando hacía dos segundos que se había dormido?

—¡Levántate, levántate! ¡Tenemos trabajo que hacer! —gritó su esposa—. Entrenamiento, limpieza de la librería, celebrar las navidades... y celebrar algo incluso más importante. Pero primero... ¡Rambette⁴!

4 “Rambette” como femenino de “Rambo” (N.T.)



Estaba sonriendo. Él parpadeó. Los ojos de Caroline estaban brillantes y su color relucía. Estaba vestida para salir fuera, los mitones colgando de su parca por los cordones. Ella bailoteaba sin moverse como un boxeador.

Jack se lamió los labios secos.

—¿Trabajar? —croó. ¿Cómo podía tener ella toda aquella energía cuando él se sentía como si se hubiera muerto hacía una semana?

—Voy a empezar a entrenarme en serio, y por dios, ¡cuánta razón tenías!

Jack parpadeó, sus procesos de pensamiento aturullados y lentos.

—¿Sí?

—¡Del todo! Necesito entrenarme más duramente y necesito saber cómo disparar. ¡Y voy a llevar un arma! Me voy a comprar una pistolera rosa para el hombro y nadie va a volver a meterse conmigo jamás.

Él sonrió. Estaba tan asombrosamente hermosa en aquel momento.

—¿Ah sí?

—Sip. —Asintió, feroz—. Y hoy, hoy voy a derribarte. En serio.

Y lo hizo.

Fin